

**Fotoescrituras (2011-2019) (Dedicada a Allan Sekula).**

Una obra de Marcelo Expósito, 2020.

**Photowritings (2011-2019) (Dedicated to Allan Sekula).**

A work by Marcelo Expósito, 2020.

La serie *Fotoescrituras (2011-2019) (Dedicada a Allan Sekula)* (2020) está conformada por 10 piezas. Dos prototipos de este trabajo se mostraron por primera vez en la exposición individual *Las imágenes toman la palabra* (galería àngels barcelona, Barcelona, 2020). Para la exposición retrospectiva del artista, *Nueva Babilonia*, que tuvo lugar en el Museo Universitario Arte Contemporáneo (MUAC) de Ciudad de México (2022), se realizaron 9 de estas piezas en versión castellana. Y la versión definitiva de la serie completa, 10 piezas en lengua inglesa, se incluyó en la exposición de Marcelo Expósito que tuvo lugar en el Parco Arte Vivente (PAV) de Turín (2023). Los curadores con los que esta serie ha circulado internacionalmente han sido sucesivamente, hasta el momento: Valentín Roma, Cuauhtémoc Medina y Marco Scotini.

La versión íntegra de 10 piezas ha sido adquirida para formar parte de la Col·lecció Nacional de Fotografia de la Generalitat de Catalunya, estando depositada en la colección permanente del Museu d'Art Contemporani de Barcelona (MACBA).

Todas las piezas de la serie mantienen el mismo formato: se trata de dípticos fotográficos sobre fondo negro con un texto calado en blanco. Su tamaño es de 45 x 125 x 5 cm c/u, enmarcadas en negro.

*The series Photowritings (2011-2019) (Dedicated to Allan Sekula) (2020) is made up of 10 pieces. Two prototypes of this work were shown for the first time in the individual exhibition Images Speak Up (àngels barcelona gallery, Barcelona, 2020). In the artist's retrospective exhibition Nueva Babilonia, which took place at the Museo Universitario Arte Contemporáneo (MUAC) in Mexico City (2022), 9 of these pieces were included in Spanish version. And the final version of the complete series, 10 pieces in English, was included in Marcelo Expósito's exhibition that took place at Parco Arte Vivente (PAV) in Turin (2023). Up to now, the curators with whom this series has circulated internationally have been: Valentín Roma, Cuauhtémoc Medina and Marco Scotini.*

*The complete version of 10 pieces has been acquired to form part of the National Photography Collection of the Generalitat de Catalunya, being deposited in the permanent collection of the Museu d'Art Contemporani de Barcelona (MACBA).*

*All the pieces in the series maintain the same format: they are photographic diptychs on a black background with white printed text. Its size is 45 x 125 x 5 cm each, framed in black.*



La serie consiste en un diario escrito-visual desarrollado entre el 15-M español y los movimientos globales inmediatamente previos a la pandemia de covid-19. Dicho de otra manera, *Fotoescrituras (2011-2019) (Dedicada a Allan Sekula)* recorre un paisaje global que discurre entre la crisis financiera de 2007 y la crisis de salud pública de 2020, pasando por las eclosiones de la nueva ola global feminista, el movimiento transnacional por la justicia climática, e incluso por el duelo colectivo espontáneo que tuvo lugar en Las Ramblas de Barcelona la noche posterior al atentado terrorista de 2017. Está compuesta por fotografías tomadas y anotaciones escritas por Marcelo Expósito en Barcelona, Madrid, Sevilla, Buenos Aires, Málaga y Río de Janeiro.

Las imágenes de *Fotoescrituras (2011-2019) (Dedicada a Allan Sekula)* buscan ayudar a pensar diversos tipos de acontecimientos desde su interior y en tiempo real. Estos acontecimientos son tanto masivos — sucedidos en espacios públicos de gran escala— como también grupales o en situaciones colectivas más íntimas. Consisten tanto en resistencias o expresiones opositoras, como también en prácticas constructivas de organización alternativa de la experiencia colectiva o de transmisión o producción de conocimientos sobre otras maneras de habitar un mundo en situación de colapso global. Del voluminoso archivo de fotografías y anotaciones tomadas por su autor durante la década de 2010, esta serie de 10 piezas constituye la selección de un conjunto de vivencias tanto personales como políticas, existenciales y artísticas, colectivas e íntimas.

*The series consists of a written-visual diary developed between the Spanish 15-M and the global movements immediately prior to the covid-19 pandemic. In other words, Photowritings (2011-2019) (Dedicated to Allan Sekula) covers a global landscape that runs between the financial crisis of 2007 and the public health crisis of 2020, going through the outbreaks of the new global feminist wave, the transnational movement for climate justice, and even for the spontaneous collective mourning that took place on Las Ramblas in Barcelona the night after the 2017 terrorist attack. It is made up of photographs taken and notes written by Marcelo Expósito in Barcelona, Madrid, Seville, Buenos Aires, Malaga and Rio de Janeiro.*

*The images of Photowritings (2011-2019) (Dedicated to Allan Sekula) seek to help people think about different types of events from within and in real time. These events are both massive —occurring in large-scale public spaces— as well as in groups or in more intimate collective situations. They consist of both resistance or oppositional expressions, as well as constructive practices for the alternative organization of collective experience or the transmission or production of knowledge about other ways of inhabiting a world in a situation of global collapse. From the voluminous archive of photographs and annotations taken by its*

author during the 2010s, this series of 10 pieces constitutes the selection of a set of personal and political, existential and artistic, collective and intimate experiences.



Instalación de la serie *Fotoescrituras* (2011-2019) (*Dedicada a Allan Sekula*) en la exposición retrospectiva *Marcelo Expósito. Nueva Babilonia. Designar o no un trabajo como artístico es una decisión táctica*, Museo Universitario Arte Contemporáneo (MUAC), Ciudad de México, 2022.



Installation of the series *Photowritings* (2011-2019) (*Dedicated to Allan Sekula*), on the left, in the exhibition *Marcelo Expósito, Oliver Ressler. Macchine del dissenso*, Parco Arte Vivente (PAV), Turin, 2023.





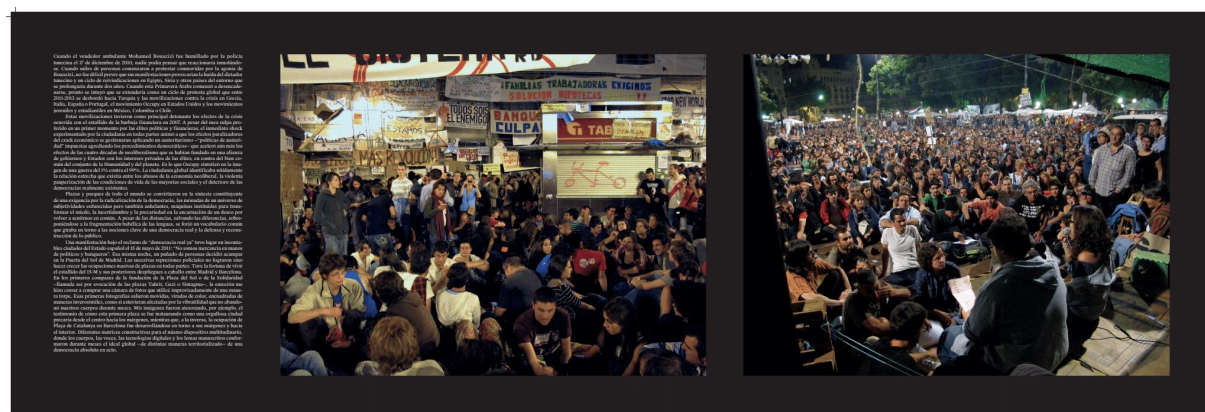
## ÍNDICE COMPLETO DE LA SERIE

### FOTOESCRITURAS (2011-2019) (DEDICADA A ALLAN SEKULA)

1. *15-M en Madrid y Barcelona, 2011.*
2. *15-M en Madrid: la noche de los toldos, 2011.*
3. *Acción de Stop Desahucios en Sevilla, 2011.*
4. *Marcha del Orgullo LGTBIQ en Buenos Aires, 2011.*
5. *Acción de Serigrafistas Queer en Buenos Aires, 2011.*
6. *Investigación militante: Red Conceptualismos del Sur en Buenos Aires y Fundación de los Comunes en Málaga, 2012.*
7. *Teatros: Circo Interior Bruto en Madrid, 2018 e Internacional Errorista en Río de Janeiro, 2012.*
8. *Duelo ciudadano por el atentado terrorista en Las Ramblas de Barcelona, 2017.*
9. *Manifestación de la Huelga Global Feminista en Barcelona, 2018.*
10. *Huelga Mundial por el Clima en Barcelona, 2019.*

## PHOTOWRITINGS (2011-2019) (DEDICATED TO ALLAN SEKULA)

1. *15-M in Madrid and Barcelona, 2011.*
2. *15-M in Madrid: the night of the awnings, 2011.*
3. *Stop Evictions Action in Seville, 2011.*
4. *LGTBIQ Pride March in Buenos Aires, 2011.*
5. *Action of Serigrafistas Queer in Buenos Aires, 2011.*
6. *Militant research: Red Conceptualismos del Sur in Buenos Aires and Fundación de los Comunes in Malaga, 2012.*
7. *Theaters: Circo Interior Bruto in Madrid, 2018 and Internacional Errorista in Rio de Janeiro, 2012.*
8. *Citizen mourning for the terrorist attack on Las Ramblas in Barcelona, 2017.*
9. *Demonstration of the Global Feminist Strike in Barcelona, 2018.*
10. *Global Climate Strike in Barcelona, 2019.*



### *15-M en Madrid y Barcelona, 2011.*

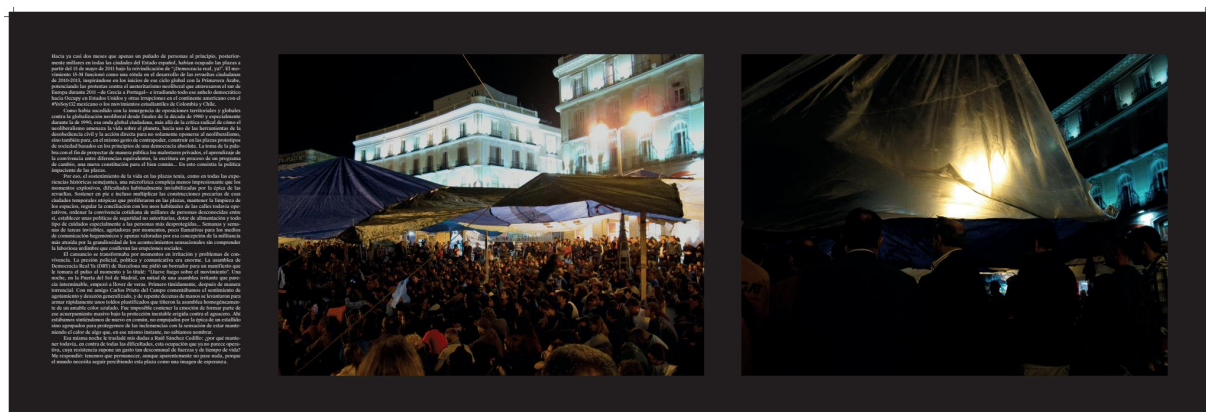
Cuando el vendedor ambulante Mohamed Bouazizi fue humillado por la policía tunecina el 17 de diciembre de 2010, nadie podía pensar que reaccionaría inmolándose. Cuando miles de personas comenzaron a protestar conmovidas por la agonía de Bouazizi, no fue difícil prever que sus manifestaciones provocarían la huida del dictador tunecino y un ciclo de reivindicaciones en Egipto, Siria y otros países del entorno que se prolongaría durante dos años. Cuando esta Primavera Árabe comenzó a desencadenarse, pronto se intuyó que se extendería como un ciclo de protesta global que entre 2011-2013 se desbordó hacia Turquía y las movilizaciones contra la crisis en Grecia, Italia, España o Portugal, el movimiento Occupy en Estados Unidos y los movimientos juveniles y estudiantiles en México, Colombia o Chile.

Estas movilizaciones tuvieron como principal detonante los efectos de la crisis ocurrida con el estallido de la burbuja financiera en 2007. A pesar del mea culpa proferido en un primer momento por las élites políticas y financieras, el inmediato shock experimentado por la ciudadanía en todas partes animó a que los efectos paralizadores del crack económico se gestionaran aplicando un austeritarismo —“políticas de austeridad”

impuestas agrediendo los procedimientos democráticos— que aceleró aún más los efectos de las cuatro décadas de neoliberalismo que se habían fundado en una alianza de gobiernos y Estados con los intereses privados de las élites, en contra del bien común del conjunto de la Humanidad y del planeta. Es lo que Occupy sintetizó en la imagen de una guerra del 1% contra el 99%. La ciudadanía global identificaba nítidamente la relación estrecha que existía entre los abusos de la economía neoliberal, la violenta pauperización de las condiciones de vida de las mayorías sociales y el deterioro de las democracias realmente existentes.

Plazas y parques de todo el mundo se convirtieron en la síntesis constituyente de una exigencia por la radicalización de la democracia, las mónadas de un universo de subjetividades enfurecidas pero también anhelantes, máquinas instituidas para transformar el miedo, la incertidumbre y la precariedad en la encarnación de un deseo por volver a sentirnos en común. A pesar de las distancias, salvando las diferencias, sobreponiéndose a la fragmentación babélica de las lenguas, se forjó un vocabulario común que giraba en torno a las nociones clave de una democracia real y la defensa y reconstrucción de lo público.

Una manifestación bajo el reclamo de “democracia real ya” tuvo lugar en incontables ciudades del Estado español el 15 de mayo de 2011: “No somos mercancía en manos de políticos y banqueros”. Esa misma noche, un puñado de personas decidió acampar en la Puerta del Sol de Madrid. Las sucesivas represiones policiales no lograron sino hacer crecer las ocupaciones masivas de plazas en todas partes. Tuve la fortuna de vivir el estallido del 15-M y sus posteriores despliegues a caballo entre Madrid y Barcelona. En los primeros compases de la fundación de la Plaza del Sol o de la Solidaridad —llamada así por evocación de las plazas Tahrir, Gezi o Sintagma—, la emoción me hizo correr a comprar una cámara de fotos que utilicé improvisadamente de una manera torpe. Esas primeras fotografías salieron movidas, viradas de color, encuadradas de maneras inverosímiles, como si estuvieran afectadas por la vibratilidad que no abandonó nuestros cuerpos durante meses. Mis imágenes fueron atesorando, por ejemplo, el testimonio de cómo esta primera plaza se fue instaurando como una orgullosa ciudad precaria desde el centro hacia los márgenes, mientras que, a la inversa, la ocupación de Plaça de Catalunya en Barcelona fue desarrollándose en torno a sus márgenes y hacia el interior. Diferentes matrices constructivas para el mismo dispositivo multitudinario, donde los cuerpos, las voces, las tecnologías digitales y los lemas manuscritos conformaron durante meses el ideal global —de distintas maneras territorializado— de una democracia absoluta en acto.



*15-M en Madrid: la noche de los toldos, 2011.*

Hacia ya casi dos meses que apenas un puñado de personas al principio, posteriormente millares en todas las ciudades del Estado español, habían ocupado las plazas a partir del 15 de mayo de 2011 bajo la reivindicación de “¡Democracia real, ya!”. El movimiento 15-M funcionó como una rótula en el desarrollo de las revueltas ciudadanas de 2010-2013, inspirándose en los inicios de ese ciclo global con la Primavera Árabe, potenciando las protestas contra el austeritarismo neoliberal que atravesaron el sur de Europa

durante 2011 —de Grecia a Portugal— e irradiando todo ese anhelo democrático hacia Occupy en Estados Unidos y otras irrupciones en el continente americano con el #YoSoy132 mexicano o los movimientos estudiantiles de Colombia y Chile.

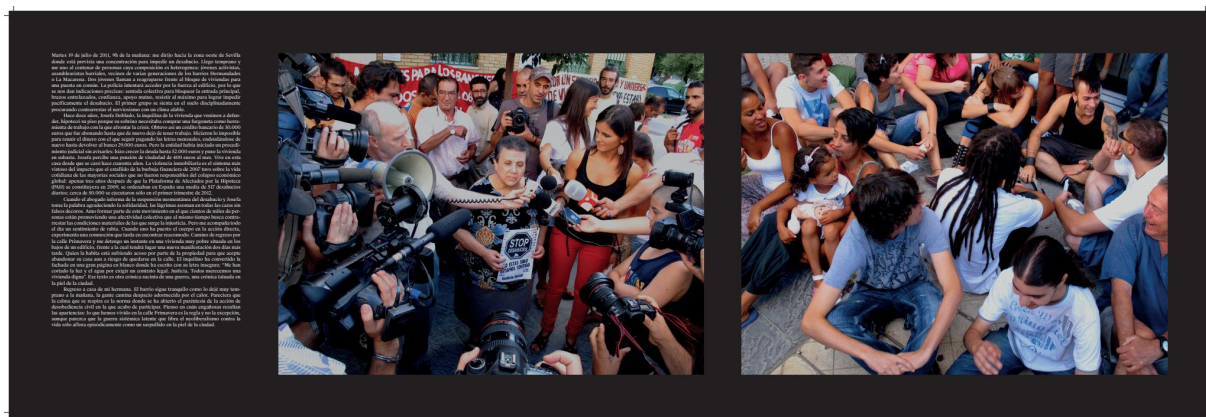
Como había sucedido con la insurgencia de oposiciones territoriales y globales contra la globalización neoliberal desde finales de la década de 1980 y especialmente durante la de 1990, esa onda global ciudadana, más allá de la crítica radical de cómo el neoliberalismo amenaza la vida sobre el planeta, hacía uso de las herramientas de la desobediencia civil y la acción directa para no solamente oponerse al neoliberalismo, sino también para, en el mismo gesto de contrapoder, construir en las plazas prototipos de sociedad basados en los principios de una democracia absoluta. La toma de la palabra con el fin de proyectar de manera pública los malestares privados, el aprendizaje de la convivencia entre diferencias equivalentes, la escritura en proceso de un programa de cambio, una nueva constitución para el bien común... En esto consistía la política impaciente de las plazas.

Por eso, el sostenimiento de la vida en las plazas tenía, como en todas las experiencias históricas semejantes, una microfísica compleja menos impresionante que los momentos explosivos, dificultades habitualmente invisibilizadas por la épica de las revueltas. Sostener en pie e incluso multiplicar las construcciones precarias de esas ciudades temporales utópicas que proliferaron en las plazas, mantener la limpieza de los espacios, regular la conciliación con los usos habituales de las calles todavía operativos, ordenar la convivencia cotidiana de millares de personas desconocidas entre sí, establecer unas políticas de seguridad no autoritarias, dotar de alimentación y todo tipo de cuidados especialmente a las personas más desprotegidas... Semanas y semanas de tareas invisibles, agotadoras por momentos, poco llamativas para los medios de comunicación hegemónicos y apenas valoradas por esa concepción de la militancia más atraída por la grandiosidad de los acontecimientos sensacionales sin comprender la laboriosa urdimbre que conllevan las erupciones sociales.

El cansancio se transformaba por momentos en irritación y problemas de convivencia. La presión policial, política y comunicativa era enorme. La asamblea de Democracia Real Ya (DRY) de Barcelona me pidió un borrador para un manifiesto que le tomara el pulso al momento y lo titulé “Llueve fuego sobre el movimiento”. Una noche, en la Puerta del Sol de Madrid, en mitad de una asamblea irritante que parecía interminable, empezó a llover de veras. Primero tímidamente, después de manera torrencial. Con mi amigo Carlos Prieto del Campo comentábamos el sentimiento de agotamiento y desazón generalizado, y de repente decenas de manos se levantaron para armar rápidamente unos toldos plastificados que tiñeron la asamblea homogéneamente de un amable color azulado. Fue imposible contener la emoción de formar parte de ese acuerpamiento masivo bajo la protección inestable erigida contra el aguacero. Ahí estábamos sintiéndonos de nuevo en común, no empujados por la épica de un estallido sino agrupados para protegernos de las inclemencias con la sensación de estar manteniendo el calor de algo que, en ese mismo instante, no sabíamos nombrar.

Esa misma noche le trasladé mis dudas a Raúl Sánchez Cedillo: ¿por qué mantener todavía, en contra de todas las dificultades, esta ocupación que ya no parece operativa, cuya resistencia supone un gasto tan descomunal de fuerzas y de tiempo de vida? Me respondió: tenemos que permanecer, aunque aparentemente no pase nada, porque el mundo necesita seguir percibiendo esta plaza como una imagen de esperanza.





### *Acción de Stop Desahucios en Sevilla, 2011.*

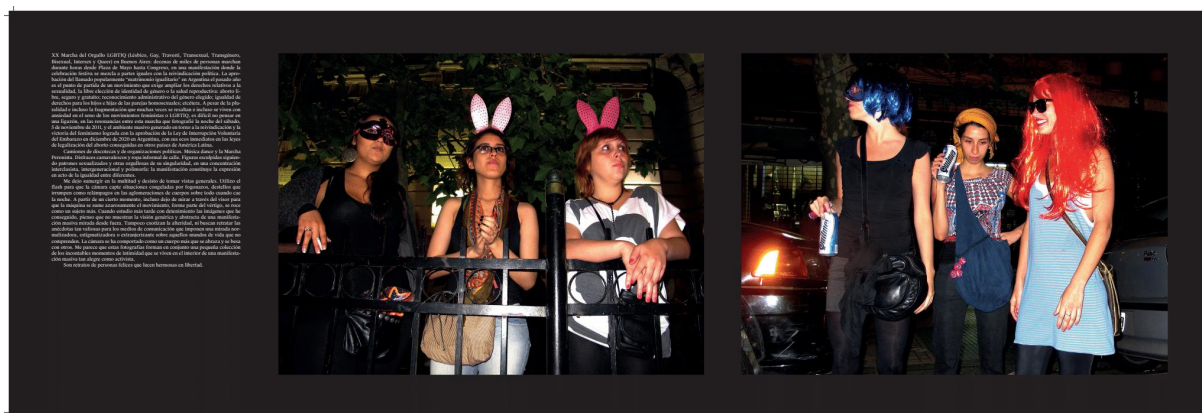
Martes 19 de julio de 2011, 9h de la mañana: me dirijo hacia la zona oeste de Sevilla donde está prevista una concentración para impedir un desahucio. Llego temprano y me uno al centenar de personas cuya composición es heterogénea: jóvenes activistas, asamblearistas barriales, vecinos de varias generaciones de los barrios Hermandades o La Macarena. Dos jóvenes llaman a reagruparse frente al bloque de viviendas para una puesta en común. La policía intentará acceder por la fuerza al edificio, por lo que se nos dan indicaciones precisas: sentada colectiva para bloquear la entrada principal, brazos entrelazados, confianza, apoyo mutuo, resistir al máximo para lograr impedir pacíficamente el desahucio. El primer grupo se sienta en el suelo disciplinadamente procurando contrarrestar el nerviosismo con un clima afable.

Hace doce años, Josefa Doblado, la inquilina de la vivienda que venimos a defender, hipotecó su piso porque su sobrino necesitaba comprar una furgoneta como herramienta de trabajo con la que afrontar la crisis. Obtuvo así un crédito bancario de 30.000 euros que fue abonando hasta que de nuevo dejó de tener trabajo. Hicieron lo imposible para reunir el dinero con el que seguir pagando las letras mensuales, endeudándose de nuevo hasta devolver al banco 29.000 euros. Pero la entidad había iniciado un procedimiento judicial sin avisarles: hizo crecer la deuda hasta 52.000 euros y puso la vivienda en subasta. Josefa percibe una pensión de viudedad de 400 euros al mes. Vive en esta casa desde que se casó hace cuarenta años. La violencia inmobiliaria es el síntoma más vistoso del impacto que el estallido de la burbuja financiera de 2007 tuvo sobre la vida cotidiana de las mayorías sociales que no fueron responsables del colapso económico global: apenas tres años después de que la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) se constituyera en 2009, se ordenaban en España una media de 517 desahucios diarios; cerca de 50.000 se ejecutaron sólo en el primer trimestre de 2012.

Cuando el abogado informa de la suspensión momentánea del desahucio y Josefa toma la palabra agradeciendo la solidaridad, las lágrimas asoman en todas las caras sin falsos decoros. Amo formar parte de este movimiento en el que cientos de miles de personas están promoviendo una afectividad colectiva que al mismo tiempo busca contrarrestar las condiciones materiales de las que surge la injusticia. Pero me acompaña todo el día un sentimiento de rabia. Cuando uno ha puesto el cuerpo en la acción directa, experimenta una conmoción que tarda en encontrar reacomodo. Camino de regreso por la calle Primavera y me detengo un instante en una vivienda muy pobre situada en los bajos de un edificio, frente a la cual tendrá lugar una nueva manifestación dos días más tarde. Quien la habita está sufriendo acoso por parte de la propiedad para que acepte abandonar su casa aun a riesgo de quedarse en la calle. El inquilino ha convertido la fachada en una gran página en blanco donde ha escrito con su letra insegura: "Me han cortado la luz y el agua por exigir un contrato legal. Justicia. Todos merecemos una vivienda digna". Ese texto es otra crónica sucinta de una guerra, una narración tatuada en la piel de la ciudad.

Regreso a casa de mi hermana. El barrio sigue tranquilo como lo dejé muy temprano a la mañana, la gente camina despacio adormecida por el calor. Pareciera que la calma que se respira es la norma donde se ha abierto el paréntesis de la acción de desobediencia civil en la que acabo de participar. Pienso en cuán

engañosas resultan las apariencias: lo que hemos vivido en la calle Primavera es la regla y no la excepción, aunque parezca que la guerra sistémica latente que libra el neoliberalismo contra la vida sólo aflora episódicamente como un sarpullido en la piel de la ciudad.



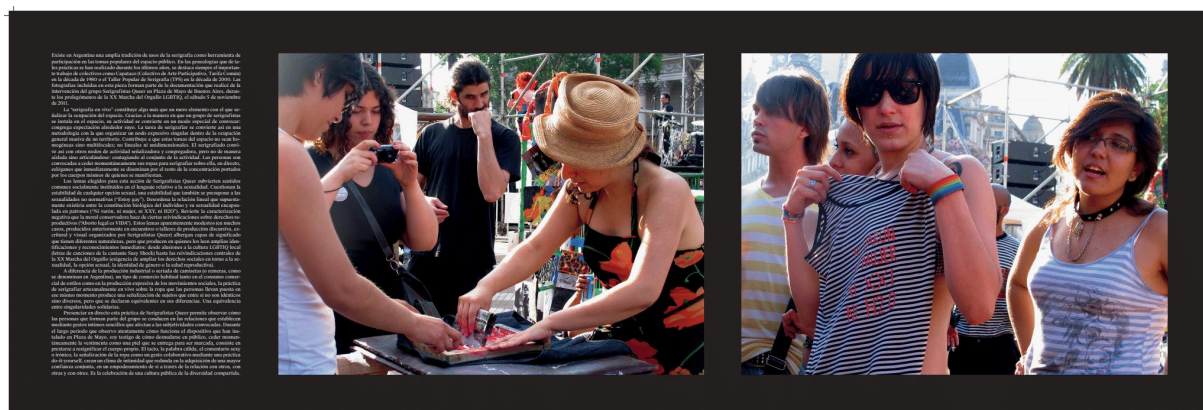
*Marcha del Orgullo LGTBQI en Buenos Aires, 2011.*

XX Marcha del Orgullo LGTBQI (Lésbico, Gay, Travesti, Transexual, Transgénero, Bisexual, Intersex y Queer) en Buenos Aires: decenas de miles de personas marchan durante horas desde Plaza de Mayo hasta Congreso, en una manifestación donde la celebración festiva se mezcla a partes iguales con la reivindicación política. La aprobación del llamado popularmente “matrimonio igualitario” en Argentina el pasado año es el punto de partida de un movimiento que exige ampliar los derechos relativos a la sexualidad, la libre elección de identidad de género o la salud reproductiva: aborto libre, seguro y gratuito; reconocimiento administrativo del género elegido; igualdad de derechos para los hijos e hijas de las parejas homosexuales; etcétera. A pesar de la pluralidad e incluso la fragmentación que muchas veces se resaltan e incluso se viven con ansiedad en el seno de los movimientos feministas o LGTBQI, es difícil no pensar en una ligazón, en las resonancias entre esta marcha que fotografié la noche del sábado, 5 de noviembre de 2011, y el ambiente masivo generado en torno a la reivindicación y la victoria del feminismo lograda con la aprobación de la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo en diciembre de 2020 en Argentina, con sus ecos inmediatos en las leyes de legalización del aborto conseguidas en otros países de América Latina.

Camiones de discotecas y de organizaciones políticas. Música dance y la Marcha Peronista. Disfraces carnavalescos y ropa informal de calle. Figuras esculpidas siguiendo patrones sexualizados y otras orgullosas de su singularidad, en una concentración interclasista, intergeneracional y polimorfa: la manifestación constituye la expresión en acto de la igualdad entre diferentes.

Me dejo sumergir en la multitud y desisto de tomar vistas generales. Utilizo el flash para que la cámara capte situaciones congeladas por fogonazos, destellos que irrumpen como relámpagos en las aglomeraciones de cuerpos sobre todo cuando cae la noche. A partir de un cierto momento, incluso dejo de mirar a través del visor para que la máquina se sume azarosamente el movimiento, forme parte del vértigo, se roce como un sujeto más. Cuando estudio más tarde con detenimiento las imágenes que he conseguido, pienso que no muestran la visión genérica y abstracta de una manifestación masiva mirada desde fuera. Tampoco exotizan la alteridad, ni buscan retratar las anécdotas tan valiosas para los medios de comunicación que imponen una mirada normalizadora, estigmatizadora o extranjerizante sobre aquellos mundos de vida que no comprenden. La cámara se ha comportado como un cuerpo más que se abraza y se besa con otros. Me parece que estas fotografías forman en conjunto una pequeña colección de los incontables momentos de intimidad que se viven en el interior de una manifestación masiva tan alegre como activista.

Son retratos de personas felices que lucen hermosas en libertad.



*Acción de Serigrafistas Queer en Buenos Aires, 2011.*

Existe en Argentina una amplia tradición de usos de la serigrafía como herramienta de participación en las tomas populares del espacio público. En las genealogías que de tales prácticas se han realizado durante los últimos años, se destaca siempre el importante trabajo de colectivos como Capataco (Colectivo de Arte Participativo, Tarifa Común) en la década de 1980 o el Taller Popular de Serigrafía (TPS) en la década de 2000. Las fotografías incluidas en esta pieza forman parte de la documentación que realicé de la intervención del grupo Serigrafistas Queer en Plaza de Mayo de Buenos Aires, durante los prolegómenos de la XX Marcha del Orgullo LGBTIQ, el sábado 5 de noviembre de 2011.

La “serigrafía en vivo” constituye algo más que un mero elemento con el que señalar la ocupación del espacio. Gracias a la manera en que un grupo de serigrafistas se instala en el espacio, su actividad se convierte en un modo especial de convocar: congrega expectación alrededor suyo. La tarea de serigrafiar se convierte así en una metodología con la que organizar un nodo expresivo singular dentro de la ocupación general masiva de un territorio. Contribuye a que estas tomas del espacio no sean homogéneas sino multifocales; no lineales ni unidimensionales. El serigrafiado convive así con otros nodos de actividad señalizadora y congregadora, pero no de manera aislada sino articulándose: contagiando al conjunto de la actividad. Las personas son convocadas a ceder momentáneamente sus ropas para serigrafiar sobre ella, en directo, eslóganes que inmediatamente se diseminan por el resto de la concentración portados por los cuerpos mismos de quienes se manifiestan.

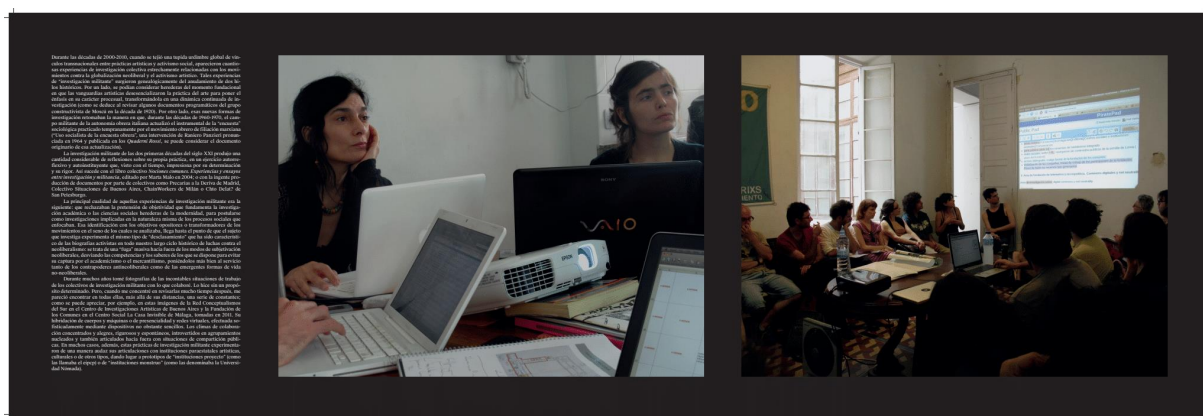
Los lemas elegidos para esta acción de Serigrafistas Queer subvierten sentidos comunes socialmente instituidos en el lenguaje relativo a la sexualidad. Cuestionan la estabilidad de cualquier opción sexual, una estabilidad que también se presupone a las sexualidades no normativas (“Estoy gay”). Desordena la relación lineal que supuestamente existiría entre la constitución biológica del individuo y su sexualidad encapsulada en patrones (“Ni varón, ni mujer, ni XXI, ni H2O”). Revierte la caracterización negativa que la moral conservadora hace de ciertas reivindicaciones sobre derechos reproductivos (“Aborto legal es VIDA”). Estos lemas aparentemente modestos (en muchos casos, producidos anteriormente en encuentros o talleres de producción discursiva, escritural y visual organizados por Serigrafistas Queer) albergan capas de significado que tienen diferentes naturalezas, pero que producen en quienes los leen amplias identificaciones y reconocimientos inmediatos: desde alusiones a la cultura LGBTIQ local (letras de canciones de la cantante Susy Shock) hasta las reivindicaciones centrales de la XX Marcha del Orgullo (exigencia de ampliar los derechos sociales en torno a la sexualidad, la opción sexual, la identidad de género o la salud reproductiva).

A diferencia de la producción industrial o seriada de camisetas (o remeras, como se denominan en Argentina), un tipo de comercio habitual tanto en el consumo comercial de estilos como en la producción

expresiva de los movimientos sociales, la práctica de serigrafiar artesanalmente en vivo sobre la ropa que las personas llevan puesta en ese mismo momento produce una señalización de sujetos que entre sí no son idénticos sino diversos, pero que se declaran equivalentes en sus diferencias. Una equivalencia entre singularidades solidarias.

Presenciar en directo esta práctica de Serigrafistas Queer permite observar cómo las personas que forman parte del grupo se conducen en las relaciones que establecen mediante gestos íntimos sencillos que afectan a las subjetividades convocadas. Durante el largo periodo que observo atentamente cómo funciona el dispositivo que han instalado en Plaza de Mayo, soy testigo de cómo desnudarse en público, ceder momentáneamente la vestimenta como una piel que se entrega para ser marcada, consiste en prestarse a resignificar el cuerpo propio. El tacto, la palabra cálida, el comentario sexy o irónico, la señalización de la ropa como un gesto colaborativo mediante una práctica do-it-yourself, crean un clima de intimidad que redundante en la adquisición de una mayor confianza conjunta, en un empoderamiento de sí a través de la relación con otros, con otras y con otras. Es la celebración de una cultura pública de la diversidad compartida.





*Investigación militante: Red Conceptualismos del Sur en Buenos Aires y Fundación de los Comunes en Málaga, 2012.*

Durante las décadas de 2000-2010, cuando se tejó una tupida urdimbre global de vínculos transnacionales entre prácticas artísticas y activismo social, aparecieron cuantiosas experiencias de investigación colectiva estrechamente relacionadas con los movimientos contra la globalización neoliberal y el activismo artístico. Tales experiencias de “investigación militante” surgieron genealógicamente del anudamiento de dos hilos históricos. Por un lado, se podían considerar herederas del momento fundacional en que las vanguardias artísticas desesencializaron la práctica del arte para poner el énfasis en su carácter procesual, transformándola en una dinámica continuada de investigación (como se deduce al revisar algunos documentos programáticos del grupo constructivista de Moscú en la década de 1920). Por otro lado, esas nuevas formas de investigación retomaban la manera en que, durante las décadas de 1960-1970, el campo militante de la autonomía obrera italiana actualizó el instrumental de la “encuesta” sociológica practicado tempranamente por el movimiento obrero de filiación marxiana (“Uso socialista de la encuesta obrera”, una intervención de Raniero Panzieri pronunciada en 1964 y publicada en los *Quaderni Rossi*, se puede considerar el documento originario de esa actualización).

La investigación militante de las dos primeras décadas del siglo XXI produjo una cantidad considerable de reflexiones sobre su propia práctica, en un ejercicio autorreflexivo y autoinstituyente que, visto con el tiempo, impresiona por su determinación y su rigor. Así sucede con el libro colectivo *Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia*, editado por Marta Malo en 2004; o con la ingente producción de documentos por parte de colectivos como Precarias a la Deriva de Madrid, Colectivo Situaciones de Buenos Aires, ChainWorkers de Milán o Chto Delat? de San Petersburgo.

La principal cualidad de aquellas experiencias de investigación militante era la siguiente: que rechazaban la pretensión de objetividad que fundamenta la investigación académica o las ciencias sociales herederas de la modernidad, para postularse como investigaciones implicadas en la naturaleza misma de los procesos sociales que enfocaban. Esa identificación con los objetivos opositores o transformadores de los movimientos en el seno de los cuales se analizaba, llega hasta el punto de que el sujeto que investiga experimenta el mismo tipo de “desclasamiento” que ha sido característico de las biografías activistas en todo nuestro largo ciclo histórico de luchas contra el neoliberalismo: se trata de una “fuga” masiva hacia fuera de los modos de subjetivación neoliberales, desviando las competencias y los saberes de los que se dispone para evitar su captura por el academicismo o el mercantilismo, poniéndolos más bien al servicio tanto de los contrapoderes antineoliberales como de las emergentes formas de vida no-neoliberales.

Durante muchos años tomé fotografías de las incontables situaciones de trabajo de los colectivos de investigación militante con lo que colaboré. Lo hice sin un propósito determinado. Pero, cuando me concentré en revisarlas mucho tiempo después, me pareció encontrar en todas ellas, más allá de sus distancias, una serie de constantes; como se puede apreciar, por ejemplo, en estas imágenes de la Red Conceptualismos del Sur en el Centro de Investigaciones Artísticas de Buenos Aires y la Fundación de los

Comunes en el Centro Social La Casa Invisible de Málaga, tomadas en 2011. Su hibridación de cuerpos y máquinas o de presencialidad y redes virtuales, efectuada sofisticadamente mediante dispositivos no obstante sencillos. Los climas de colaboración concentrados y alegres, rigurosos y espontáneos, introvertidos en agrupamientos nucleados y también articulados hacia fuera con situaciones de compartición públicas. En muchos casos, además, estas prácticas de investigación militante experimentaron de una manera audaz sus articulaciones con instituciones paraestatales artísticas, culturales o de otros tipos, dando lugar a prototipos de “instituciones proyecto” (como las llamaba el eipcp) o de “instituciones monstruo” (como las denominaba la Universidad Nómada).

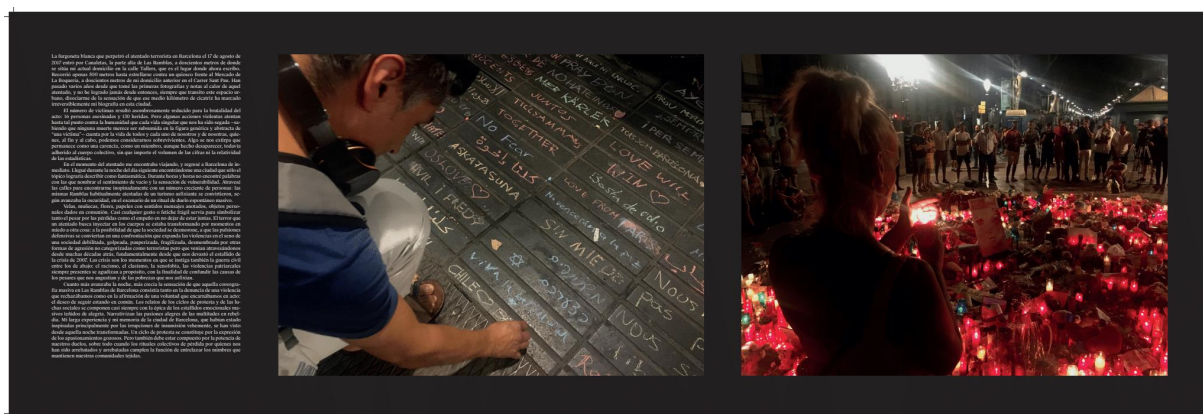


*Teatros: Circo Interior Bruto en Madrid, 2018 e Internacional Errorista en Río de Janeiro, 2012.*

Las fotografías de esta pieza documentan la actividad muy diferente de dos colectivos dispares. El Circo Interior Bruto se fundó en Madrid en el año 1999, compuesto por artistas contemporáneos influidos por la historia de la performance y el accionismo. Su práctica se desarrolló durante una primera época intensiva hasta el año 2005, realizando espectáculos que extrañaban los dispositivos teatrales sin, por el contrario, desbordar la escena —como resulta característico en la tradición del happening—, manteniendo por lo general de una manera tensa las fronteras de contención física frente al público. El Colectivo Etcétera, más tarde devenido en Internacional Errorista, se fundó en Buenos Aires a finales de 1998 — contemporáneamente al Circo Interior Bruto—, estando compuesto por artistas mayoritariamente ligados al teatro de inspiración artaudiana. Durante su primera época, el trabajo del Colectivo Etcétera consistió sobre todo en participar de los escraches realizados por la agrupación H.I.J.O.S. (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia, contra el Olvido y el Silencio), es decir, las formas de acción directa inventadas por los hijos e hijas de personas víctimas de desaparición forzosa durante la última dictadura cívico-militar argentina, con el fin de señalar la presencia de genocidas que vivían con impunidad entre la ciudadanía común. En síntesis, el Circo Interior Bruto y el Colectivo Etcétera encarnaban dos tipos de trasvases, en sentido totalmente contrario, entre la escena teatral y el espacio público.

Estas dos imágenes, sin embargo, resuenan fuertemente entre sí. En el año 2018 reapareció el Circo Interior Bruto, realizando en el Teatro Pradillo de Madrid una muy sui géneris adaptación de *Prometeo encadenado*, la narración arquetípica del titán que roba el fuego a los dioses para cederlo como instrumento emancipatorio a los seres humanos. En el año 2012, la Internacional Errorista realizó un colaboratorio en el marco del programa *Composições Políticas* del Festival Panorama, que fue impartido en el Teatro Cacilda Becker de Río de Janeiro con el objetivo de diseñar con jóvenes locales una serie de intervenciones de carácter político en el espacio público. Una matriz metafórica y política similar en el interior de dos operativos tan aparentemente diversos —dejando a un lado la manera en que ambos grupos han compartido siempre, seguramente no por azar, una acusada querencia por las expresiones de tipo clownesco o carnavalesco.

Cuando se me ocurrió poner en contraste las imágenes de los dispositivos escénicos de uno y otro grupo, me vio a la cabeza rápidamente una idea: cuán útil sería rastrear más a fondo la influencia recíproca —no necesariamente consciente— entre, por un lado, las prácticas de teatralización vanguardista y, por otro lado, las formas expresivas de los movimientos sociales y otras prácticas colectivas contrarias a la hegemonía neoliberal, especialmente desde la segunda mitad de la década de 1990. El Circo Interior Bruto y el Colectivo Etcétera / la Internacional Errorista han transitado, en ese aspecto, caminos en direcciones opuestas que sin embargo han resultado complementarios, se han entrelazado o incluso han llegado a confluir. No es solamente que los despojamientos del teatro pobre, los distanciamientos del teatro épico, las pedagogías del teatro del oprimido o las catarsis del teatro y su doble se puedan rastrear como indicios en las tomas expresivas del espacio público, o que, a la inversa, las invenciones movimentistas hayan impulsado históricamente muchas de las radicalizaciones o de los desbordamientos de las artes escénicas o de las artes vivas. Se trata sobre todo de que las maquinarias escénicas de vanguardia, en tanto que han consistido históricamente en laboratorios colectivos o colaboratorios, nos han dotado de prototipos donde experimentar una modificación radical de las formas hegemónicas de subjetividad, de tal forma que el desdoblamiento de la escenificación extrañada y la integridad de la vida en acto —el deseo de vivir plenamente una vida que merezca la pena— tanto se desgarran como se asimilan.



*Duelo ciudadano por el atentado terrorista en Las Ramblas de Barcelona, 2017.*

La furgoneta blanca que perpetró el atentado terrorista en Barcelona el 17 de agosto de 2017 entró por Canaletas, la parte alta de Las Ramblas, a doscientos metros de donde se sitúa mi actual domicilio en la calle Tallers, que es el lugar donde ahora escribo. Recorrió apenas 500 metros hasta estrellarse contra un quiosco frente al Mercado de La Boquería, a doscientos metros de mi domicilio anterior en el Carrer Sant Pau. Han pasado varios años desde que tomé las primeras fotografías y notas al calor de aquel atentado, y no he logrado jamás desde entonces, siempre que transito este espacio urbano, disociarme de la sensación de que ese medio kilómetro de cicatriz ha marcado irreversiblemente mi biografía en esta ciudad.

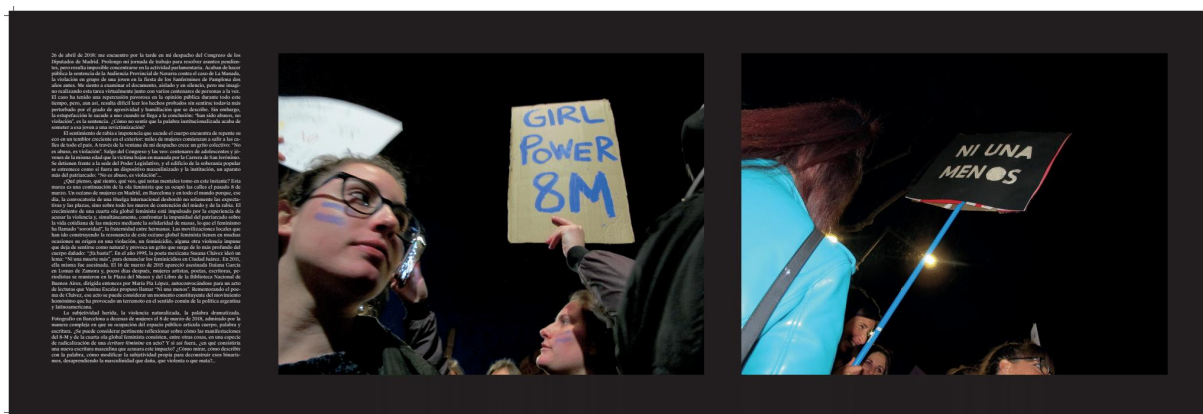
El número de víctimas resultó asombrosamente reducido para la brutalidad del acto: 16 personas asesinadas y 130 heridas. Pero algunas acciones violentas atentan hasta tal punto contra la humanidad que cada vida singular que nos ha sido segada —sabiendo que ninguna muerte merece ser subsumida en la figura genérica y abstracta de “una víctima”— cuenta por la vida de todos y cada uno de nosotros y de nosotras, quienes, al fin y al cabo, podemos considerarnos sobrevivientes. Algo se nos extirpa que permanece como una carencia, como un miembro, aunque hecho desaparecer, todavía adherido al cuerpo colectivo, sin que importe el volumen de las cifras ni la relatividad de las estadísticas.

En el momento del atentado me encontraba viajando, y regresé a Barcelona de inmediato. Llegué durante la noche del día siguiente encontrándome una ciudad que sólo el tópico lograría describir como fantasmática. Durante horas y horas no encontré palabras con las que nombrar el sentimiento de vacío y la

sensación de vulnerabilidad. Atravesé las calles para encontrarme inopinadamente con un número creciente de personas: las mismas Ramblas habitualmente atestadas de un turismo asfixiante se convirtieron, según avanzaba la oscuridad, en el escenario de un ritual de duelo espontáneo masivo.

Velas, muñecas, flores, papeles con sentidos mensajes anotados, objetos personales dados en comunión. Casi cualquier gesto o fetiche frágil servía para simbolizar tanto el pesar por las pérdidas como el empeño en no dejar de estar juntas. El terror que un atentado busca inyectar en los cuerpos se estaba transformando por momentos en miedo a otra cosa: a la posibilidad de que la sociedad se desmorone, a que las pulsiones defensivas se conviertan en una confrontación que expanda las violencias en el seno de una sociedad debilitada, golpeada, pauperizada, fragilizada, desmembrada por otras formas de agresión no categorizadas como terroristas pero que venían atravesándonos desde muchas décadas atrás, fundamentalmente desde que nos devastó el estallido de la crisis de 2007. Las crisis son los momentos en que se instiga también la guerra civil entre los de abajo: el racismo, el clasismo, la xenofobia, las violencias patriarcales siempre presentes se agudizan a propósito, con la finalidad de confundir las causas de los pesares que nos angustian y de las pobreza que nos asfixian.

Cuanto más avanzaba la noche, más crecía la sensación de que aquella coreografía masiva en Las Ramblas de Barcelona consistía tanto en la denuncia de una violencia que rechazábamos como en la afirmación de una voluntad que encarnábamos en acto: el deseo de seguir estando en común. Los relatos de los ciclos de protesta y de las luchas sociales se componen casi siempre con la épica de los estallidos emocionales masivos teñidos de alegría. Narrativizan las pasiones alegres de las multitudes en rebeldía. Mi larga experiencia y mi memoria de la ciudad de Barcelona, que habían estado inspiradas principalmente por las irrupciones de insumisión vehemente, se han visto desde aquella noche transformadas. Un ciclo de protesta se constituye por la expresión de los apasionamientos gozosos. Pero también debe estar compuesto por la potencia de nuestros duelos, sobre todo cuando los rituales colectivos de pérdida por quienes nos han sido arrebatados y arrebatadas cumplen la función de entrelazar los mimbres que mantienen nuestras comunidades tejidas.



*Manifestación de la Huelga Global Feminista en Barcelona, 2018.*

26 de abril de 2018: me encuentro por la tarde en mi despacho del Congreso de los Diputados de Madrid. Prolongo mi jornada de trabajo para resolver asuntos pendientes, pero resulta imposible concentrarse en la actividad parlamentaria. Acaban de hacer pública la sentencia de la Audiencia Provincial de Navarra contra el caso de La Manada, la violación en grupo de una joven en la fiesta de los Sanfemines de Pamplona dos años antes. Me siento a examinar el documento, aislado y en silencio, pero me imagino realizando esta tarea virtualmente junto con varios centenares de personas a la vez. El caso ha tenido una repercusión pavorosa en la opinión pública durante todo este tiempo, pero, aun así, resulta difícil leer los hechos probados sin sentirse todavía más perturbado por el grado de agresividad y humillación que se describe. Sin



embargo, la estupefacción le sacude a uno cuando se llega a la conclusión: “han sido abusos, no violación”, es la sentencia. ¿Cómo no sentir que la palabra institucionalizada acaba de someter a esa joven a una revictimización?

El sentimiento de rabia e impotencia que sacude el cuerpo encuentra de repente su eco en un temblor creciente en el exterior: miles de mujeres comienzan a salir a las calles de todo el país. A través de la ventana de mi despacho crece un grito colectivo: “No es abuso, es violación”. Salgo del Congreso y las veo: centenares de adolescentes y jóvenes de la misma edad que la víctima bajan en manada por la Carrera de San Jerónimo. Se detienen frente a la sede del Poder Legislativo, y el edificio de la soberanía popular se estremece como si fuera un dispositivo masculinizado y la institución, un aparato más del patriarcado: “No es abuso, es violación”...

¿Qué pienso, qué siento, qué veo, qué notas mentales tomo en este instante? Esta marea es una continuación de la ola feminista que ya ocupó las calles el pasado 8 de marzo. Un océano de mujeres en Madrid, en Barcelona y en todo el mundo porque, ese día, la convocatoria de una Huelga Internacional desbordó no solamente las expectativas y las plazas, sino sobre todo los muros de contención del miedo y de la rabia. El crecimiento de una cuarta ola global feminista está impulsado por la experiencia de acusar la violencia y, simultáneamente, confrontar la impunidad del patriarcado sobre la vida cotidiana de las mujeres mediante la solidaridad de masas, lo que el feminismo ha llamado “sororidad”, la fraternidad entre hermanas. Las movilizaciones locales que han ido construyendo la resonancia de este océano global feminista tienen en muchas ocasiones su origen en una violación, un feminicidio, alguna otra violencia impune que deja de sentirse como natural y provoca un grito que surge de lo más profundo del cuerpo dañado: “¡Ya basta!”. En el año 1995, la poeta mexicana Susana Chávez ideó un lema: “Ni una muerte más”, para denunciar los feminicidios en Ciudad Juárez. En 2011, ella misma fue asesinada. El 16 de marzo de 2015 apareció asesinada Daiana García en Lomas de Zamora y, pocos días después, mujeres artistas, poetas, escritoras, periodistas se reunieron en la Plaza del Museo y del Libro de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, dirigida entonces por María Pía López, autoconvocándose para un acto de lecturas que Vanina Escales propuso llamar “Ni una menos”. Rememorando el poema de Chávez, ese acto se puede considerar un momento constituyente del movimiento homónimo que ha provocado un terremoto en el sentido común de la política argentina y latinoamericana.

La subjetividad herida, la violencia naturalizada, la palabra dramatizada. Fotografío en Barcelona a decenas de mujeres el 8 de marzo de 2018, admirado por la manera compleja en que su ocupación del espacio público articula cuerpo, palabra y escritura. ¿Se puede considerar pertinente reflexionar sobre cómo las manifestaciones del 8-M y de la cuarta ola global feminista consisten, entre otras cosas, en una especie de radicalización de una *écriture féminine* en acto? Y si así fuera, ¿en qué consistiría una nueva escritura masculina que acusara este impacto? ¿Cómo mirar, cómo describir con la palabra, cómo modificar la subjetividad propia para deconstruir esos binarismos, desaprendiendo la masculinidad que daña, que violenta o que mata?...



*Huelga Mundial por el Clima en Barcelona, 2019.*

En el inicio de la hegemonía del nuevo estado del capitalismo que con los años hemos denominado neoliberalismo, se emitieron, curiosamente, dos informes encargados por sendas organizaciones internacionales, y que, frente a la actual crisis sistémica global, resulta interesante poner en contraste. Si en 1972, un grupo de investigación del MIT encabezado por Donella Meadows publicó, por encargo del Club de Roma, el informe *The Limits to Growth*, en 1975 un grupo de politólogos entre los que se encontraba Samuel P. Huntington publicó, por encargo de la Trilateral Commission, *The Crisis of Democracy*.

Leídos en conjunto, uno y otro informe plantean nada más y nada menos que lo siguiente: el neoliberalismo se inicia con una crisis general de límites. Pero los límites que uno y otro informe señalan son de índole totalmente contrapuesta. Si el primero constata que el capitalismo histórico ha situado al planeta al borde de sus posibilidades, el segundo plantea que el capitalismo y la democracia resultan en muchos aspectos incompatibles, ante la constatación de que las revoluciones mundiales surgidas en torno a 1968 provocaron una serie de “excesos democráticos” que se deberían limitar con el fin de que el capitalismo pudiera seguir funcionando. Dicho de otra manera: desde el momento mismo en que el capitalismo histórico empezó a mutar en la década de 1970, el neoliberalismo consistía ya en una amenaza tanto para la vida material como para la vida democrática sobre nuestro planeta.

Unas pocas corrientes de oposición han venido enfrentándose al neoliberalismo durante el último medio siglo, de manera cada vez más creciente, señalándolo como un sistema biocida: las críticas a la pauperización de la vida por las nuevas formas de explotación laboral posfordistas, los movimientos antirracistas y antineocoloniales, la nueva ola global transfeminista... De todos ellos, es el nuevo movimiento por la justicia climática el que ha puesto el acento en señalar los límites del modelo capitalista de crecimiento y de priorizar la defensa de la vida y del planeta en su conjunto. Cuando la joven sueca de 15 años Greta Thunberg decidió empezar una huelga de asistencia a la escuela en 2018, concentró en ese gesto una latente potencia global: los Fridays for Future, así como las Huelgas Globales por el Clima, empezaron a extenderse por ciudades de todo el mundo con especial intensidad entre 2018-2019. Desde entonces, se han multiplicado los nombres de organizaciones y movimientos: Extinction Rebellion, Futuro Vegetal, Ultima Generazione... que han impulsado formas de intervención que actualmente incorporan incluso la acción directa no violenta y la desobediencia civil. Lo que no ha cambiado en el fondo —peor aún: lo que se ha agudizado— es la sensación de urgencia que se contenía en el grito lanzado por Thunberg en su ya histórica intervención en el Foro Económico Mundial de Davos el 25 de enero de 2019: “Nuestra casa está ardiendo”. No solamente el futuro de la democracia frente a los nuevos autoritarismos del siglo XXI: es la existencia misma de la vida sobre el planeta lo que ya en esta generación presente está en juego.



*15-M in Madrid and Barcelona, 2011.*

When street vendor Mohamed Bouazizi was humiliated by the Tunisian police on December 17, 2010, no one could have thought that he would react by sacrificing himself. When thousands of people began to protest, moved by Bouazizi's agony, it was not difficult to foresee that their demonstrations would lead to the flight of the Tunisian dictator and a cycle of demands in Egypt, Syria and other neighboring countries that would last for two years. When this Arab Spring began to unfold, it was soon intuited that it would spread as a cycle of global protest that between 2011-2013 spilled over into Turkey and the mobilizations against the crisis in Greece, Italy, Spain or Portugal, the Occupy movement in the United States and the youth and student movements in Mexico, Colombia or Chile.

The main trigger for these mobilizations was the effects of the crisis that occurred with the bursting of the financial bubble in 2007. Despite the mea culpa proffered at first by the political and financial elites, the immediate shock experienced by citizens everywhere encouraged to the paralyzing effects of the economic crash being managed by applying austeritarianism —“austerity policies” imposed by attacking democratic procedures— that further accelerated the effects of the four decades of neoliberalism that had been founded on an alliance of governments and states with the private interests of the elites, against the common good of the whole of Humanity and the planet. It is what Occupy synthesized in the image of a war of the 1% against the 99%. Global citizenship clearly identified the close relationship that existed between the abuses of the neoliberal economy, the violent impoverishment of the living conditions of the social majorities, and the deterioration of truly existing democracies.

Squares and parks around the world became the constituent synthesis of a demand for the radicalization of democracy, the monads of a universe of enraged but also longing subjectivities, machines instituted to transform fear, uncertainty and precariousness into incarnation of a desire to feel together again. Despite the distances, saving the differences, overcoming the Babelic fragmentation of the languages, a common vocabulary was forged that revolved around the key notions of a real democracy and the defense and reconstruction of the public sphere.

A demonstration under the claim of "real democracy now" took place in countless cities in Spain May 15, 2011: "We are not merchandise in the hands of politicians and bankers." That same night, a handful of people decided to camp in Puerta del Sol in Madrid. The successive police repressions only managed to increase the massive occupations of squares everywhere. I was fortunate to experience the outbreak of 15-M and its subsequent deployments halfway between Madrid and Barcelona. In the early stages of the founding of Plaza del Sol or "Solidaridad" —named after Tahrir, Gezi or Sintagma squares—, emotion made me run to buy a camera that I used improvisedly in a clumsy way. Those first photographs came out shaky,

colored, framed in unlikely ways, as if they were affected by the vibrancy that did not leave our bodies for months. My images were treasuring, for example, the testimony of how this first square was established as a proud precarious city from the center to the margins, while, conversely, the occupation of Plaça de Catalunya in Barcelona developed around its margins and inwards. Different constructive matrices for the same multitudinous device, where bodies, voices, digital technologies and handwritten slogans shaped for months the global ideal —in different territorialized ways— of an absolute democracy in action.



*15-M in Madrid: the night of the awnings, 2011.*

It had been almost two months since only a handful of people at the beginning, later thousands in all the cities of Spain, had occupied the squares as of May 15, 2011 under the demand of "Real democracy, now!". The 15-M movement functioned as a pivot in the development of the citizen revolts of 2010-2013, inspired by the beginnings of this global cycle with the Arab Spring, widening the protests against neoliberal austerity that crossed southern Europe during 2011 — from Greece to Portugal— and radiating all that democratic yearning towards Occupy in the United States and other eruptions in the American continent with the Mexican #YoSoy132 or the student movements of Colombia and Chile.

As had happened with the insurgency of territorial and global oppositions against neoliberal globalization since the late 1980s and especially during the 1990s, this global citizen wave, beyond the radical criticism of how neoliberalism threatens life on the planet, made use of the tools of civil disobedience and direct action to not only oppose neoliberalism, but also, in the same counter-power gesture, build prototypes of society based on the principles of absolute democracy in the squares. Speaking up in order to publicly project private discomforts, learning to coexist between equivalent differences, the writing in process of a program of change, a new constitution for the common good... In this consisted the impatient politics of the squares.

For this reason, sustaining life in the squares had, as in all similar historical experiences, a less impressive complex microphysics than the explosive moments, difficulties usually made invisible by the epic of riots. Maintain standing and even multiply the precarious constructions of those utopian temporary cities that proliferated in the squares, maintain the cleanliness of spaces, regulate conciliation with the usual uses of the streets that are still operational, order the daily coexistence of thousands of unknown common people, establishing non-authoritarian security policies, providing food and all kinds of care, especially for the most vulnerable ones... Weeks and weeks of invisible tasks, exhausting at times, not very attractive to the hegemonic media and barely valued by that conception of the militancy more attracted by the grandeur of sensational events without understanding the laborious warp involved in social eruptions.

The fatigue was transformed at times into irritation and coexistence problems. The police, political and media pressure was enormous. The Democracia Real Ya (DRY) assembly in Barcelona asked me for a draft for a manifesto that would take the pulse of the moment and I titled it "It rains fire on the movement". One night, in the Puerta del Sol in Madrid, in the middle of an irritating assembly that seemed endless, it really



began to rain. First timidly, then torrentially. With my friend Carlos Prieto del Campo we were discussing the feeling of general exhaustion and unease, and suddenly dozens of hands went up to quickly assemble some plasticized awnings that homogeneously stained the assembly in a friendly bluish color. It was impossible to contain the emotion of being part of that massive gathering under the unstable protection erected against the downpour. There we were feeling together again, not pushed by the epic of an explosion but grouped together to protect ourselves from the elements with the sensation of keeping the heat of something that, at that very moment, we did not know how to name.

That same night I conveyed my doubts to my friend Raúl Sánchez Cedillo: why still maintain, against all the difficulties, this occupation that no longer seems operative, whose resistance supposes such a colossal expense of forces and time of life? He replied: we have to stay, even if apparently nothing happens, because the world needs to continue to perceive this square as an image of hope.



*Stop Evictions Action in Seville, 2011.*

Tuesday, July 19, 2011, 9:00 in the morning: I am heading towards the western area of Seville, where a concentration is scheduled to prevent an eviction. I arrive early and join the hundreds of people whose composition is heterogeneous: young activists, neighborhood assembly members, residents of several generations from the Hermandades (Sisterhood) or La Macarena neighborhoods. Two young people call to regroup in front of the apartment block for a discussion. The police will try to gain access to the building by force, so we are given precise instructions: a collective sit-in to block the main entrance, arms linked, trust, mutual support, resist as much as possible to peacefully prevent the eviction. The first group sits disciplinedly on the ground, trying to counteract their nervousness with an affable atmosphere.

Twelve years ago, Josefa Doblado, the tenant of the house that we have come to defend, mortgaged her apartment because her nephew needed to buy a van as a work tool with which to face the crisis. In this way, he obtained a bank loan of 30,000 euros that he paid until he again stopped having a job. They did the impossible to gather the money with which to continue paying the monthly bills, borrowing again until they returned 29,000 euros to the bank. But the entity had initiated legal proceedings without notifying them: it increased the debt to 52,000 euros and put the house up for auction. Josefa receives a widow's pension of 400 euros per month. He has lived in this house since he was married forty years ago. Real estate violence is the most striking symptom of the impact that the bursting of the financial bubble in 2007 had on the daily life of the social majorities that were not responsible for the global economic collapse: just three years after the Platform for People Affected by Mortgage (PAH) was established in 2009, an average of 517 daily evictions were ordered in Spain; close to 50,000 were executed in the first quarter of 2012 alone.

When the lawyer informs of the momentary suspension of the eviction and Josefa takes the floor thanking the solidarity, tears flow sincerely on all the faces. I love being part of this movement in which hundreds of thousands of people are promoting a collective affectivity that at the same time seeks to counteract the

material conditions from which injustice arises. But a feeling of rage accompanies me all day. When you put your body into direct action, you experience a shock that takes time to find adjustment. I walk back along Calle Primavera (Spring Street) and stop for a moment in a very poor house located on the ground floor of a building, in front of which a new demonstration will take place two days later. Whoever inhabits it is suffering harassment from the property so that they agree to leave their home even at the risk of staying on the street. The tenant has turned the façade into a large blank page where he has written in his insecure handwriting: "They have cut off my electricity and water for demanding a legal contract. Justice. We all deserve decent housing." That text is another succinct chronicle of a war, a narrative tattooed on the skin of the city.

I return to my sister's house. The neighborhood is still quiet as I left it very early in the morning, people walk slowly drowsy from the heat. It seems that the calm that is breathed is the norm where the parenthesis of the civil disobedience action in which I have just participated has been opened. I think about how deceptive appearances are: what we have experienced on Calle Primavera is the rule and not the exception, even though it seems that the latent systemic war waged by neoliberalism against life only emerges episodically like a rash on the skin of the city.



*LGBTIQ Pride March in Buenos Aires, 2011.*

XX LGBTIQ Pride March (Lesbian, Gay, Bisexual, Transvestite, Transsexual, Transgender, Intersex and Queer) in Buenos Aires: tens of thousands of people march for hours from Plaza de Mayo to Congress, in a demonstration where the festive celebration is mixed in equal parts with the political demand. The approval of the popularly called "equal marriage" in Argentina last year is the starting point of a movement that demands to expand the rights related to sexuality, the free choice of gender identity or reproductive health: free and safe abortion; administrative recognition of the chosen genre; equal rights for the sons and daughters of homosexual couples; etc. Despite the plurality and even the fragmentation that are often highlighted and even experienced with anxiety within the feminist or LGBTIQ movements, it is difficult not to think of a link, of the resonances between this march that I photographed on Saturday night, November 5, 2011, and the massive atmosphere generated around the claim and victory of feminism achieved with the approval of the Voluntary Interruption of Pregnancy Law in December 2020 in Argentina, with its immediate echoes in legalization laws of abortion achieved in other Latin American countries.

Trucks from discotheques and political organizations. Dance music and the Peronist March. Carnival costumes and casual street clothes. Figures sculpted following sexualized patterns and others proud of their singularity, in an interclass, intergenerational and polymorphic gathering: the demonstration constitutes the expression in act of equality between different people: a non-homogeneous unity in diversity.

I let myself be immersed in the crowd and give up taking general views. My camera captures situations frozen by flashes that burst like lightning in the crowds of bodies, especially when night falls. From a certain moment on, I even stop looking through the viewfinder so that the machine randomly joins the movement, forms part of the vertigo, rubs against it like one more subject. When I study the images that I have obtained carefully later, I think that they do not show the generic and abstract vision of a massive demonstration seen from the outside. Neither do they exoticize alterity, nor do they seek to portray the anecdotes so valuable to the media that impose a normalizing, stigmatizing or foreignizing look on those worlds of life that they do not understand. The camera has behaved like another body that hugs and kisses with others. It seems to me that these photographs together form a small collection of the countless moments of intimacy that are lived inside a massive demonstration as joyful as it is activist.

They are portraits of happy people who look beautiful in freedom.



*Action of Serigrafistas Queer in Buenos Aires, 2011.*

In Argentina, there is a long tradition of using screen printing as a tool for participation in popular takeovers of public space. The genealogies of such practices that have been carried out in recent years always stand out the importance of groups such as Capataco (Participatory Art Collective, Common Rate) in the 1980s or the Taller Popular de Serigrafía (TPS) in the decade of the 2000s. The photographs included in this piece are part of the documentation I made of the very first public intervention of the group Serigrafistas Queer (Queer Screen Printers) in Plaza de Mayo in Buenos Aires, during the run-up to the XX LGBTIQ Pride March, on Saturday, November 5, 2011.

The "live screen printing" is more than a mere element with which to signal the occupation of space. Thanks to the way in which a group of screen printers settles in the space, their activity becomes a special way of summoning: they gather expectation around them. The task of screen printing thus becomes a methodology with which to organize a singular expressive node within the massive general occupation of a territory. It contributes to the fact that these space occupations are not homogeneous but multifocal; not linear or one dimensional. Screen printing thus coexists with other signaling and congregating activity nodes, but not in isolation but in articulation: infecting the whole activity of the mass demonstration. People are summoned to momentarily give up their clothes to screen-print on them, live, slogans that are immediately disseminated throughout the rest of the concentration carried by the very bodies of those who demonstrate.

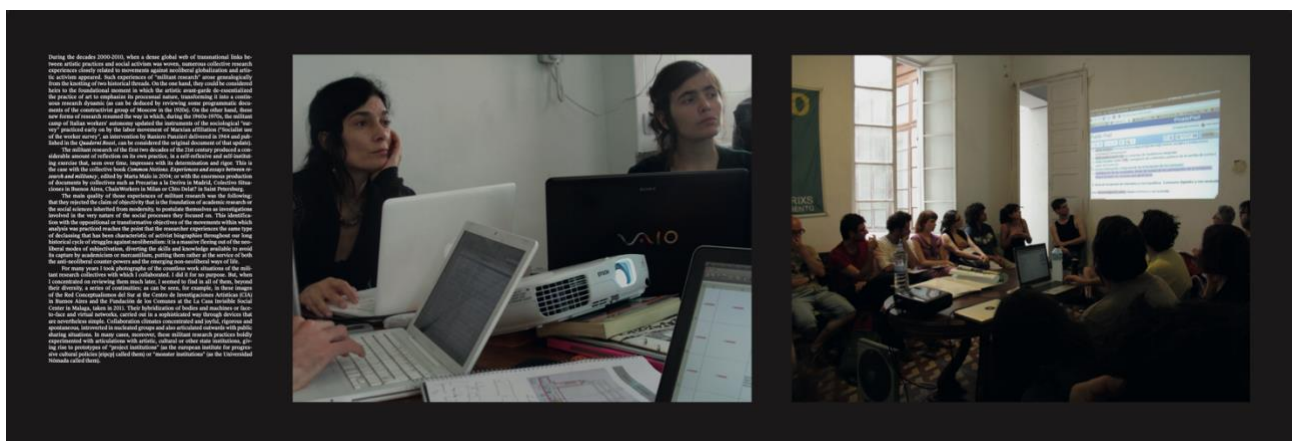
The slogans chosen for this action by Serigrafistas Queer subvert socially instituted common senses in the language related to sexuality. They question the stability of any sexual option, a stability that is also presupposed to non-normative sexualities ("Estoy gay" instead of "Soy gay"). Disorder the linear relationship that would supposedly exist between the biological constitution of the individual and their sexuality encapsulated in binary patterns ("Neither male, nor female, nor XXI, nor H2O"). It reverses the



negative characterization that conservative morality makes of certain claims on reproductive rights ("Legal abortion is LIFE"). These apparently modest mottos (in many cases, previously produced in meetings or workshops of discursive, scriptural and visual production organized by Serigrafistas Queer) harbor layers of meaning that have different natures, but that produce in those who read them broad identifications and immediate recognition: from allusions to local LGBTIQ culture (song lyrics by transexual singer Susy Shock) to the central demands of the XX Pride March (demand to expand social rights around sexuality, sexual option, gender identity or reproductive health).

Unlike the industrial or serial production of t-shirts, a common type of trade both in the commercial consumption of styles and in the expressive production of social movements, the practice of live screen printing by hand on the clothes that people are wearing at that very moment produces a signaling of subjects that among themselves are not identical but diverse, that are declared equivalent in their differences. An equivalence between solidary singularities.

Witnessing this practice of Serigrafistas Queer allows us to observe how the people who are part of the group conduct themselves in the relationships they establish through simple intimate gestures that affect the subjectivities summoned. During the long period that I carefully observe how the device that they have installed in Plaza de Mayo works, I witness how undressing in public, momentarily giving up clothing like a skin that is given to be marked, consists of lending oneself a new meaning to one's own body. The touch, the warm word, the sexy or ironic comment, the signaling of the clothes as a collaborative gesture through a do-it-yourself practice, create a climate of intimacy that results in the acquisition of greater joint confidence, in an empowerment of oneself through the relationship with others. It is the celebration of a public culture of shared diversity.



*Militant research: Red Conceptualismos del Sur in Buenos Aires and Fundación de los Comunes in Malaga, 2012.*

During the decades 2000-2010, when a dense global web of transnational links between artistic practices and social activism was woven, numerous collective research experiences closely related to movements against neoliberal globalization and artistic activism appeared. Such experiences of "militant research" arose genealogically from the knotting of two historical threads. On the one hand, they could be considered heirs to the foundational moment in which the artistic avant-garde de-essentialized the practice of art to emphasize its processual nature, transforming it into a continuous research dynamic (as can be deduced by reviewing some programmatic documents of the constructivist group of Moscow in the 1920s). On the other hand, these new forms of research resumed the way in which, during the 1960s-1970s, the militant camp of Italian workers' autonomy updated the instruments of the sociological "survey" practiced early on by the labor movement of Marxian affiliation ("Socialist use of the worker survey", an intervention by Raniero Panzieri delivered in 1964 and published in the *Quaderni Rossi*, can be considered the original



document of that update).

The militant research of the first two decades of the 21st century produced a considerable amount of reflection on its own practice, in a self-reflexive and self-instituting exercise that, seen over time, impresses with its determination and rigor. This is the case with the collective book *Common Notions. Experiences and essays between research and militancy*, edited by Marta Malo in 2004; Or with the enormous production of documents by collectives such as Precarias a la Deriva in Madrid, Colectivo Situaciones in Buenos Aires, ChainWorkers in Milan or Chto Delat? in Saint Petersburg.

The main quality of those experiences of militant research was the following: that they rejected the claim of objectivity that is the foundation of academic research or the social sciences inherited from modernity, to postulate themselves as investigations involved in the very nature of the social processes they focused on. This identification with the oppositional or transformative objectives of the movements within which analysis was practiced reaches the point that the researcher experiences the same type of declassing that has been characteristic of activist biographies throughout our long historical cycle of struggles against neoliberalism: it is a massive fleeing out of the neoliberal modes of subjectivation, diverting the skills and knowledge available to avoid its capture by academicism or mercantilism, putting them rather at the service of both the anti-neoliberal counter-powers and the emerging non-neoliberal ways of life.

For many years I took photographs of the countless work situations of the militant research collectives with which I collaborated. I did it for no purpose. But, when I concentrated on reviewing them much later, I seemed to find in all of them, beyond their diversity, a series of continuities; as can be seen, for example, in these images of the Red Conceptualismos del Sur at the Centro de Investigaciones Artísticas (CIA) in Buenos Aires and the Fundación de los Comunes at the La Casa Invisible Social Center in Malaga, taken in 2011. Their hybridization of bodies and machines or face-to-face and virtual networks, carried out in a sophisticated way through devices that are nevertheless simple. Collaboration climates concentrated and joyful, rigorous and spontaneous, introverted in nucleated groups and also articulated outwards with public sharing situations. In many cases, moreover, these militant research practices boldly experimented with articulations with artistic, cultural or other state institutions, giving rise to prototypes of “project institutions” (as the european institute for progressive cultural policies [eipcp] called them) or “monster institutions” (as the Universidad Nómada called them).



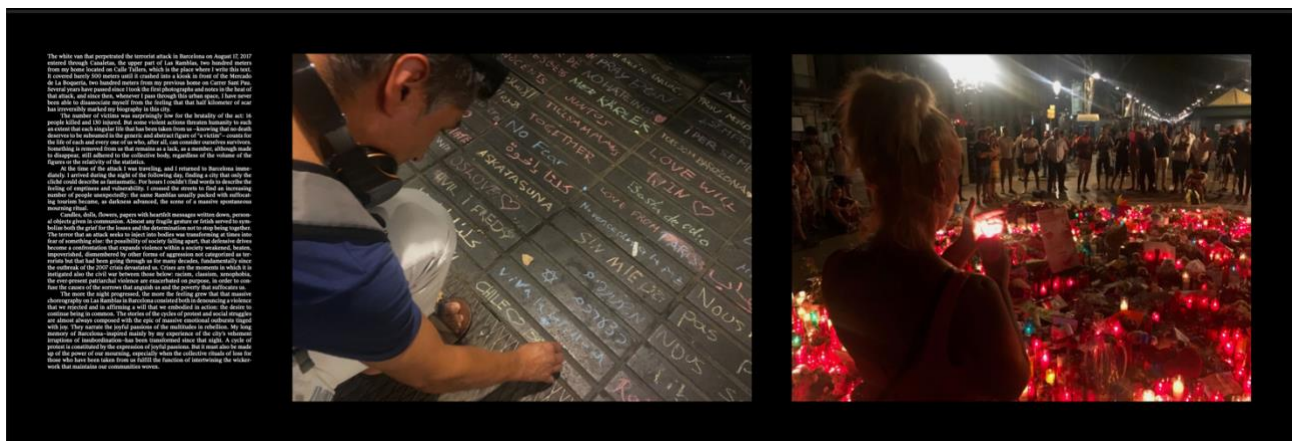
Theaters: Circo Interior Bruto in Madrid, 2018 and Internacional Errorista in Rio de Janeiro, 2012.

The photographs in this piece document the very different activity of two disparate collectives. The Circo Interior Bruto (Gross Interior Circus) was founded in Madrid in 1999, made up of contemporary artists influenced by the history of performance and actionism. His practice was developed during an intensive first period until 2005, performing shows radically based on theatrical alienating devices without

overflowing the scene —an overflowing which is characteristic of the tradition of the happening—, generally maintaining in a tense way the physical containment borders in front of the public. The Etcétera Collective, which later became the Errorist International, was founded in Buenos Aires at the end of 1998 — contemporaneously with Circo Interior Bruto—, being made up of artists mostly linked to Artaudian-inspired theater. During its first period, the work of the Colectivo Etcétera consisted above all of participating in the *escraches* carried out by the group H.I.J.O.S. (Sons and Daughters for Identity and Justice, against Oblivion and Silence), that is, the forms of direct action invented by the sons and daughters of victims of forced disappearance during the last Argentine civic-military dictatorship, with the intention to point out the presence of genocidal people who lived with impunity among ordinary citizens. In summary, the Circo Interior Bruto and the Colectivo Etcétera embodied two types of transfers, in the completely opposite direction, between the theater scene and the public space.

These two images, however, strongly resonate with each other. In 2018, the Circo Interior Bruto reappeared, performing a very unique adaptation of *Prometeo enchained* at the Teatro Pradillo in Madrid, the archetypal narrative of the titan who steals fire from the gods to hand it over as an emancipatory instrument to human beings. In 2012, the Errorist International carried out a collaboration within the framework of the *Political Compositions* program of the Panorama Festival, which was given at the Cacilda Becker Theater in Rio de Janeiro with the aim of designing with local youth a series of interventions of a political nature in the public space. A similar metaphorical and political matrix within two operations that are so apparently diverse —leaving aside the way in which both groups have always shared, surely not by chance, a pronounced fondness for expressions of a clownish or carnivalesque type.

When it occurred to me to contrast the images of the scenic devices of one group and the other, an idea quickly came to my mind: how useful it would be to further trace the reciprocal influence—not necessarily conscious—between, on the one hand, the practices of avant-garde dramaturgy and, on the other hand, the expressive forms of social movements and other collective practices contrary to neoliberal hegemony, especially since the second half of the 1990s. The Circo Interior Bruto and the Colectivo Etcétera / the Errorist International, in this regard, have traveled paths in opposite directions that, however, have turned out to be complementary, have intertwined or even come to converge. It is not only that the dispossession of the poor theater, the alienation of the epic theater, the pedagogies of the theater of the oppressed or the catharsis of the theater and its double can be traced as indications in the expressive takes on public space, or that, conversely, movementist inventions have historically driven many of the radicalizations or overflows of the performing arts or the living arts. It is above all that the avant-garde scenic machineries, insofar as they have historically consisted of collective or collaborative laboratories, have provided us with prototypes where we can experience a radical modification of the hegemonic forms of subjectivity, in such a way that the unfolding of the alienated stage and the integrity of life in action—the desire to fully live a worthwhile life—are both torn apart as well as embodied.



*Citizen mourning for the terrorist attack on Las Ramblas in Barcelona, 2017.*

The white van that perpetrated the terrorist attack in Barcelona on August 17, 2017 entered through Canaletas, the upper part of Las Ramblas, two hundred meters from my home located on Calle Tallers, which is the place where I write this text. It covered barely 500 meters until it crashed into a kiosk in front of the Mercado de La Boquería, two hundred meters from my previous home on Carrer Sant Pau. Several years have passed since I took the first photographs and notes in the heat of that attack, and since then, whenever I pass through this urban space, I have never been able to disassociate myself from the feeling that that half kilometer of scar has irreversibly marked my biography in this city.

The number of victims was surprisingly low for the brutality of the act: 16 people killed and 130 injured. But some violent actions threaten humanity to such an extent that each singular life that has been taken from us —knowing that no death deserves to be subsumed in the generic and abstract figure of “a victim”— counts for the life of each and every one of us who, after all, can consider ourselves survivors. Something is removed from us that remains as a lack, as a member, although made to disappear, still adhered to the collective body, regardless of the volume of the figures or the relativity of the statistics.

At the time of the attack I was traveling, and I returned to Barcelona immediately. I arrived during the night of the following day, finding a city that only the cliché could describe as fantasmatic. For hours I couldn't find words to describe the feeling of emptiness and vulnerability. I crossed the streets to find an increasing number of people unexpectedly: the same Ramblas usually packed with suffocating tourism became, as darkness advanced, the scene of a massive spontaneous mourning ritual.

Candles, dolls, flowers, papers with heartfelt messages written down, personal objects given in communion. Almost any fragile gesture or fetish served to symbolize both the grief for the losses and the determination not to stop being together. The terror that an attack seeks to inject into bodies was transforming at times into fear of something else: the possibility of society falling apart, that defensive drives become a confrontation that expands violence within a society weakened, beaten, impoverished, dismembered by other forms of aggression not categorized as terrorists but that had been going through us for many decades, fundamentally since the outbreak of the 2007 crisis devastated us. Crises are the moments in which it is instigated also the civil war between those below: racism, classism, xenophobia, the ever-present patriarchal violence are exacerbated on purpose, in order to confuse the causes of the sorrows that anguish us and the poverty that suffocates us.

The more the night progressed, the more the feeling grew that that massive choreography on Las Ramblas in Barcelona consisted both in denouncing a violence that we rejected and in affirming a will that we embodied in action: the desire to continue being in common. The stories of the cycles of protest and social struggles are almost always composed with the epic of massive emotional outbursts tinged with joy. They narrate the joyful passions of the multitudes in rebellion. My long memory of Barcelona—inspired mainly

by my experience of the city's vehement irruptions of insubordination—has been transformed since that night. A cycle of protest is constituted by the expression of joyful passions. But it must also be made up of the power of our mourning, especially when the collective rituals of loss for those who have been taken from us fulfill the function of intertwining the wickerwork that maintains our communities woven.



*Demonstration of the Global Feminist Strike in Barcelona, 2018.*

April 26, 2018: I am in my office in the Madrid Congress of Deputies in the afternoon. I extend my working day to resolve pending issues, but it is impossible to concentrate on parliamentary activity. They have just made public the sentence of the Provincial Court of Navarra against the case of La Manada, the group rape of a young woman at the Sanfemines party in Pamplona two years earlier. I sit examining the document, isolated and in silence, but I imagine doing this task virtually together with several hundred people at the same time. The case has had a terrifying impact on public opinion during all this time, but even so, it is difficult to read the proven facts without being even more disturbed by the degree of aggressiveness and humiliation that is described. However, stupefaction shakes one when the conclusion is reached: "they have been abuses, not rape", is the sentence. How not to feel that the institutionalized word has just subjected that young woman to re-victimization?

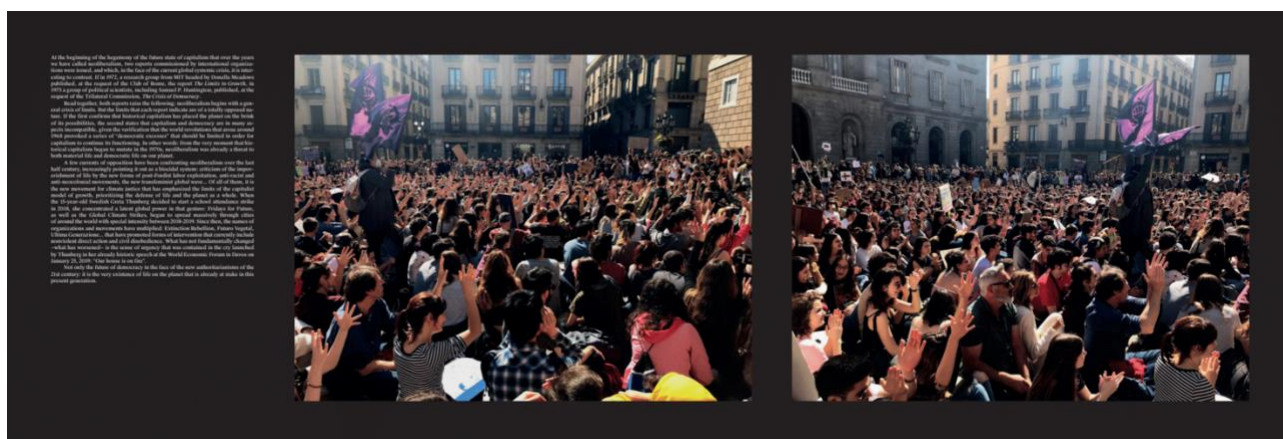
The feeling of rage and impotence that shakes the body suddenly finds its echo in a growing tremor outside: thousands of women begin to take to the streets throughout the country. Through my office window grows a collective cry: "It's not abuse, it's rape." I leave Congress and I see them: hundreds of adolescents and young people the same age as the victim flocking down Carrera de San Jerónimo. They stop in front of the headquarters of the Legislative Power, and the building of popular sovereignty shakes as if it were a masculinized device and the institution, one more apparatus of the patriarchy: "It is not abuse, it is rape"...

What do I think, what do I feel, what do I see, what mental notes do I take at this moment? This tide is a continuation of the feminist wave that already occupied the streets on March 8. An ocean of women in Madrid, in Barcelona and throughout the world because, that day, the call for an International Strike exceeded not only expectations and squares, but above all the retaining walls of fear and rage. The growth of a fourth global feminist wave is fueled by the experience of denouncing violence and, simultaneously, confronting patriarchal impunity over women's daily lives through mass solidarity, what feminism has called "sorority," the brotherhood between sisters. The local mobilizations that have been building the resonance of this feminist global ocean often have their origin in a rape, a feminicide, some other unpunished violence that no longer feels natural and provokes a cry that rises from the depths of the damaged body: "¡Ya basta!", enough is enough. In 1995, the Mexican poet Susana Chávez devised a slogan: "Not one more death" to denounce femicides in Ciudad Juárez. In 2011, she herself was murdered. On March 16, 2015, Daiana García was found murdered in Lomas de Zamora and, a few days later, women artists, poets, writers, and journalists gathered in the Plaza del Museo y del Libro of the National Library of



Buenos Aires, then directed by María Pía López, for a self-organized act of readings that Vanina Escales proposed to call “Ni una menos”, not one less. Recalling Chávez's poem, this act can be considered a constituent moment of the homonymous feminist movement that has caused an earthquake in the common sense of Argentine and Latin American politics.

Wounded subjectivity, naturalized violence, the dramatized word. I photograph dozens of women in Barcelona on March 8, 2018, admired by the complex way in which their occupation of public space articulates body, (spoken) word and writing. Can it be considered pertinent to reflect on how the manifestations of 8-M and the fourth global feminist wave consist, among other things, in a kind of radicalization of an *écriture féminine* in action? And if so, what would a new (post) male writing that would show this impact consist of? How to look, how to describe with words, how to modify one's own (male) subjectivity to deconstruct those binarisms, unlearning the violent masculinity that harms and murders?...



*Global Climate Strike in Barcelona, 2019.*

At the beginning of the hegemony of the future state of capitalism that over the years we have called neoliberalism, two reports commissioned by international organizations were issued, and which, in the face of the current global systemic crisis, it is interesting to contrast. If in 1972, a research group from MIT headed by Donella Meadows published, at the request of the Club of Rome, the report *The Limits to Growth*, in 1975 a group of political scientists, including Samuel P. Huntington, published, at the request of the Trilateral Commission, *The Crisis of Democracy*.

Read together, both reports raise the following: neoliberalism begins with a general crisis of limits. But the limits that each report indicate are of a totally opposed nature. If the first confirms that historical capitalism has placed the planet on the brink of its possibilities, the second states that capitalism and democracy are in many aspects incompatible, given the verification that the world revolutions that arose around 1968 provoked a series of “democratic excesses” that should be limited in order for capitalism to continue its functioning. In other words: from the very moment that historical capitalism began to mutate in the 1970s, neoliberalism was already a threat to both material life and democratic life on our planet.

A few currents of opposition have been confronting neoliberalism over the last half century, increasingly pointing it out as a biocidal system: criticism of the impoverishment of life by the new forms of post-Fordist labor exploitation, anti-racist and anti-neocolonial movements, the new transfeminist global wave... Of all of them, it is the new movement for climate justice that has emphasized the limits of the capitalist model of growth, prioritizing the defense of life and the planet as a whole. When the 15-year-old Swedish Greta Thunberg decided to start a school attendance strike in 2018, she concentrated a latent global power in that gesture: Fridays for Future, as well as the Global Climate Strikes, began to spread massively through cities of around the world with special intensity between 2018-2019. Since then, the names of

organizations and movements have multiplied: Extinction Rebellion, Futuro Vegetal, Ultima Generazione... that have promoted forms of intervention that currently include nonviolent direct action and civil disobedience. What has not fundamentally changed —what has worsened— is the sense of urgency that was contained in the cry launched by Thunberg in her already historic speech at the World Economic Forum in Davos on January 25, 2019: “Our house is on fire”.

Not only the future of democracy in the face of the new authoritarianisms of the 21st century: it is the very existence of life on the planet that is already at stake in this present generation.

---